

Los "Diarios" son una selección de reflexiones extraídas de los papeleros que en su encierro urde Cerveto como expresión de sus gozos y terrores. Al parecer, reúne fotos de niños (su adoración, su perdición), dibujos, recortes sobre sí y sobre lo que le impresiona en la prensa. El atractivo de estos escritos es obligarnos a no apartar la vista. ¿Qué es verdad?, se nos pregunta Cerveto, y no hay respuesta intolerante posible cuando hemos viajado por estas páginas empapadas de retorcimiento, ternura, sangre, dentelladas, odio, autoconmiseración y desplantes.

"Es curioso: me condenaron como a una persona normal —dice Cerveto— y, en la prisión, me quieren hacer pasar por psicópata". Pero este tono irónico está muy lejos de aflorar de continuo; por contra, de repente hay frases así: "He pensado acerca del amor y de la bondad que podría dar". De repente brotan incursiones en el más trágico surrealismo bien real: "Este es el fin, mi bello amigo, este es el fin, mi único amigo. El fin de todo lo que tiene sentido. El fin, ni seguridad ni sorpresa, el fin. No te volveré a mirar a los ojos nunca. Puedes imaginar en lo que nos convertiremos, sin límites y libres, buscando desesperadamente una mano extraña en una región desesperada (...); es el fin de las risas y de las dulces mentiras. Es el fin de todo por lo que yo suspi-

ré". O trallazos así: "Con el amor también están el odio, la pasión y, ¿la prisión?".

Cerveto es él, pero su nombre es legión. Son nombres que sólo se pronuncian en voz alta cuando la sangre les salpica. Mientras, con decir que son "monstruos", la rueda puede seguir girando. ■ MIGUEL BAYON.

"Economía y sociedad de la transición"

"El libro del profesor Velarde constituye una aportación decisiva e imprescindible para el conocimiento de la historia económi-

co-social de la transición, no sólo por los temas que estudia, sino por los horizontes que abre sobre este período". Lo dijo el profesor Tamames en la presentación de "Economía y sociedad de la transición", libro de Max Weberiano título que agrupa las "libretillas" publicadas por Velarde en el diario "Arriba" desde el 17 de octu-

ADIOS A LAS LETRAS

La Pequeña Enagua

Numerosos lectores de esta revista se preguntan por la localización caribeña de mis semanales apariciones en este rincón de la sección de "Letras".

Hoy he decidido acabar con esa pesadumbre que para todo lector supone desconocer el remitente exacto de su comunicante literario.

Vivo, en efecto, en una pequeña isla caribeña, cuyo nombre lo dice todo. Se trata de Little Inagua, nombre que a mí siempre me gustó traducir como Pequeña Enagua.

En realidad, mi traducción no es caprichosa, porque aquí la especie de vestimenta conocida en España como enagua es, en efecto, minúscula, y las mujeres utilizan con profusión casi becqueriana estos aditamentos ridículos, con los cuales ocultan unas bragas trenzadas con pelo de camello. Ellas pasean muy lozanas a mi alrededor, luciendo sus pequeñas enaguas de color coco. Se contonean como puede imaginarse que se contonean mujeres semidesnudas. De resto son normales, aunque de tez especialmente morena. Hablan poco. Se comunican entre sí con sonrisas y lavan la ropa en el único arroyo del islote, junto al mar.

Little Inagua era una de las múltiples opciones que, una vez abandonado el café Gijón, en Madrid, me proporcionó el Caribe. Hubo otras alternativas, y entre ellas consideré muy seriamente la de instalarme en Great Inagua, una isla mucho mayor y donde, en efecto, las mujeres acuden al mercado tocándose con enaguas de tamaño descomunal. La diferencia, en este último caso, es que tales aditamentos vestimentales no ocultan bragas trenzadas de pelo de camello, sino que, literalmente, ensombrecen de modo caprichoso —al arbitrio del sol— la piel desnuda.

Está demasiado habitada Gran Enagua, por eso decidí establecerme en Little Inagua, paraíso de cocoteros donde puede recolectarse, como al degaître, el hermoso contorno de una isla que se sumerge como una ninfomaniaca.

Poca es la actividad que desarrolla. Los fines de semana los paso en otro islote de nombre fastuoso —Crooked Island—, que en español llano significa, poco más o menos, isla del Pillastre. Allí es donde me aprovisiono de revistas, berberechos españoles y de algún periódico que trae mi proveedora habitual, una chica española que se llama Pilar y que se vino a vivir a este paraíso de ti-



Pilar, la única española de Great Inagua, vende periódicos en la isla.

burones poco antes de que en nuestro ansiado país empezara a publicarse "El País".

Ella es una gran aficionada al presidente Adolfo Suárez. En realidad, es la única mortal —inmortal, porque es la que me proporciona el alimento espiritual de la lectura: "Por favor, mándame cualquier cosa impresa", decía a su marido, como loca, Katherine Mansfield—. Pilar, digo, es la única mortal, entre todos los que habitan estas islas caribeñas, que conoce la figura de ese apolítico nadador de fondo.

Su inveterada afición la llevó a Brasil recientemente. Vino cariacontecida, con multitud de periódicos cariocas bajo el brazo: "Lo vi con mis propios ojos —dijo, llenando éstos de lágrimas—: todo fue preparado por los fotógrafos. No hubo tal lanzamiento natatorio. La fotografía está trucada".

La política y la literatura nos decepciona hasta en estos remotos lugares.

Yo espero desde aquí cualquier comunicación. Por cierto, no me lo envíen en miércoles, porque ese es el día en que yo transmito a TRIUNFO desde Great Inagua, con el único telex que existe en la isla, que se calienta y se satura. Allí tengo mi apartado postal —el 13—, porque en Little Inagua no me dejan usar ni papel para escribir cartas.

Si les resulta más fácil, pongan las misivas en una botella. Pero debe ser desde una playa atlántica. ■ SILVESTRE CODAC.

